

JOSÉ RICARDO MORALES, DRAMATURGO EN EL DESTIERRO

MARIANO DE PACO
Universidad de Murcia

La Asociación de Autores de Teatro, que nombró Socio de Honor en 2003 a José Ricardo Morales, ha publicado un volumen de su *Teatro escogido* en lo que sin duda constituye un acto de justicia para tan valioso dramaturgo, de merecido reconocimiento para su labor dramática y de memoria de cuantos se han visto obligados a padecer tan dolorosa situación¹.

La frase inicial de Manuel Aznar en la Introducción resume perfectamente, visto desde hoy, a los setenta años de su obligado “destierro” de España, el significado de este autor: “José Ricardo Morales representa con absoluta propiedad el drama del dramaturgo exiliado español”. Él hubo de marcharse muy joven pero había manifestado ya un claro compromiso político y una decidida vocación teatral; ambas cosas demostradas en su trabajo en la FUE de Valencia (de cuyo Departamento de Cultura fue responsable) y en *El Búho*, dirigido entonces por Max Aub, que estrenó en su sección de títeres su primera obra (la única no compuesta en Chile): *Burlilla de Don Berrendo, doña Caracolines y su amante*, en 1938.

En el país que le devolvió la vida (Chile le dio su nacionalidad en 1962) y en el que tan claramente se integró, desde la creación del Teatro Experimental en 1941 a la actividad profesional de la cátedra universitaria o a la condición de Académico de La Lengua en 1974, se sigue viendo, sin embargo, a José Ricardo como alguien *de fuera*. Por eso pudo llamarlo José Monleón, en uno de sus artículos, “un español en la inmensa ninguna parte” o “un español con nacionalidad chilena”. Es quizá el más profundo drama del destierro, de lo que el mismo autor ha querido dejar constancia al denominar *Teatro ausente* el volumen con las ocho piezas editadas en 2002 en la Biblioteca del Exilio.

¹ José Ricardo Morales, *Teatro escogido*, Coordinación e Introducción de Manuel Aznar Soler y de Ricardo Doménech, Bibliografía de Manuel Aznar Soler, Madrid, Asociación de Autores de Teatro, 2008.

Cuando, poco después de su llegada a Sudamérica, Margarita Xirgu conoció por intervención de un amigo común el texto de José Ricardo Morales *El embustero en su enredo*, se decidió a estrenarlo inmediatamente (lo hizo el 11 de mayo de 1944). El motivo de tan rápida decisión era, según afirmó: “Esto es distinto de cuanto conozco y hay que llevarlo a escena”. La eximia actriz, a la que tan unido estuvo desde entonces nuestro dramaturgo y para la que preparó una excelente adaptación de *La Celestina*, dio muestras una vez más de su perspicacia dramática. El teatro de José Ricardo Morales es, en verdad, singular. Como lo es su autor, como lo son sus aficiones y conocimientos, como lo es la inusual profundidad de sus estudios teóricos (técnicos y dramáticos), como lo son su voz y sus palabras y como lo es el propio desarrollo de su producción.

José Ricardo Morales ha transitado diferentes ámbitos de la literatura; fue cofundador de la editorial Cruz del Sur en Chile (con otros exiliados españoles como Ferrater Mora), y, en ella, antólogo de poetas en el destierro y editor de líricos menos conocidos del Siglo de Oro en la colección *La Fuente Escondida*. Ya en el teatro, su mencionada pieza *El embustero en su enredo* “es enteramente española puesto que se compone de diálogos, tipos y lugares...” del país del que procedía su autor y española fue también la compañía que la estrenó. La representación de la misma le hizo percibir la necesidad de componer un teatro de acuerdo con la nueva situación en la que se encontraba. Y surge entonces la universalización de los textos. Las obras que la siguen dejan ver su condición de “desterrado” porque coinciden “con la que es propia del hombre actual en sus diversas enajenaciones”. *La vida imposible*, *Pequeñas causas*, *El juego de la vida*, *Bárbara Fidele...* fueron calificadas por Ferrater Mora como precursoras del teatro del absurdo porque en realidad mostraban en el teatro el absurdo del mundo.

Tras un intermedio de diez años, José Ricardo Morales vuelve a escribir teatro otra vez con un sentido diferente: se trataba ya no sólo de descubrir “la pérdida del hombre en el mundo, sino la aniquilación del hombre por su mundo”. “Si revelo irracionalidades -señalaba en una entrevista de 1978- lo hago con el propósito de denunciarlas, así como la tecnificación sin racionalidad y los abusos del poder”.

En la penosa travesía del *Winnipeg* José Ricardo Morales llegó a Chile en 1939 y, como hemos dicho, allí se ha desarrollado toda su fecunda dramaturgia. Durante muchos años, absolutamente ignorado desde España y reconocido en su nueva tierra. Más tarde, con una progresiva presencia gracias al interés de algunos amigos e investigadores y con la pausada publicación de algunas de sus obras teatrales: en el paso de los sesenta a los setenta aparecieron piezas suyas en *Revista de Occidente* y *Primer Acto* y en 1969, en la valorada colección “El Mirlo Blanco”, que dirigía José Monleón en la Editorial Taurus, se editó *Teatro*, con una muestra de su producción.

Las revistas *Estreno*, *Art Teatral* y *Anthropos*, las editoriales La Avispa, Fundamentos y Cátedra, las colecciones “Antología Teatral Española” (Universidad de Murcia) y Winnipeg (Cop d’ Ideas-Gexel) fueron haciendo menos invisible su figura, a lo que ayudaban sin duda, sus viajes a Universidades, Coloquios y Congresos en España y los reconocimientos como el Premio Federico García Lorca (1990) o la pertenencia a la Orden de Isabel la Católica (1995).

Por eso, como lo fue la de su *Teatro ausente*, es tan meritoria la edición de su *Teatro escogido*, preparada por Manuel Aznar Soler y Ricardo Doménech, que tan temprana y continuada atención han prestado al teatro del exilio republicano de 1939. A su introducción, siguen nueve textos del autor: *El embustero en su enredo*, *Las horas contadas*, *La odisea*, *Oficio de tinieblas*, *La imagen*, *Ardor con ardor se paga*, *Orfeo y el desodorante o El último viaje a los infiernos*, *Edipo reina o La planificación*, *Sobre algunas especies en vías de extinción*. Cada uno se encuentra acompañado, como es habitual en esta colección, del comentario de un especialista: José Monleón, Josep Lluís Sirera, Nuria Novella, Ricardo Doménech, Manuel Aznar Soler y Gumersindo Puche.

En un bello (al igual que todos los suyos) escrito sobre “Margarita Xirgu en el destierro”, tras referirse José Ricardo Morales al “destierro” como “uno de los vocablos más significativos de nuestra lengua” y al exilio que, por diferentes motivos, sufrieron Lope y Tirso (con recuerdo en sus obras), menciona un diálogo de Yocasta y Polínices en *Las Fenicias* de Eurípides. Decía Yocasta: “Ante todo, deseo preguntarte: quedar privado de la patria, ¿es un gran mal?”. Y Polínices le responde: “La mayor pena consiste en no poder hablar abiertamente”. Para los griegos, el hombre deja de ser el que es cuando pierde la libertad de la palabra y por esta idea se obtiene una notable coincidencia del mal de quienes padecieron exilio exterior (agravado por otras causas) e interior (bajo el silencio impuesto de la dictadura): “no poder hablar abiertamente”. Las recuperaciones actuales han de tener en esa libertad recobrada su verdadero fundamento.

No hace mucho, Manuel Aznar escribía que “José Ricardo Morales, uno de los autores de mayor calidad dramática de nuestro exilio republicano de 1939, sigue siendo un perfecto desconocido en nuestra escena española”. Publicaciones como la que ahora comentamos, están haciendo que, a pesar de la distancia, sea un dramaturgo muy próximo y que su teatro “ausente” se convierta en una realidad presente.

